

# La imposible lectura de los clásicos

**Rosa Navarro Durán**  
**Catedrática de Literatura Española. Universidad de Barcelona**

Intervención en el ciclo de debates *Liquidación por derribo: leer, escribir y pensar en la Universidad*, organizado por La Central en Barcelona durante abril de 2008.

*Bolonia* es el fin de trayecto para una concepción de la Universidad como lugar de transmisión de conocimientos. Vientos de una supuesta utilidad del sistema de enseñanza universitario lo están barriendo todo. Si la presencia de las nuevas tecnologías se asocia a lo que supuso la invención de la imprenta, el tipo de educación que quiere imponerse es justo lo contrario de lo que significó la gran revolución cultural del Humanismo asociada a aquel maravilloso invento. Los *studia humanitatis* –así llamados porque eran los propios del hombre– se convirtieron en la base de toda cultura; sólo si se dominaba el instrumento del lenguaje, enriquecido y dignificado por la creación literaria, se podía tener acceso a las bases de cualquier disciplina. En estos momentos se considera completamente superfluo el arte de la lectura o de la escritura, o al menos, se está convencido de que se aprende con el uso y de que no merecen la condición de disciplinas universitarias.

Imaginemos que hoy apareciera en el B.O.E. una orden ministerial por la que se cerraba herméticamente el Prado: ya no podríamos contemplar nunca más ni *Las meninas* ni *La condesa de Chinchón*, ni a Atalanta recogiendo la manzana que acaba de tirar al suelo Hipomenes ni *La fragua de Vulcano*. ¿Ibamos todos a recibir la noticia como si no nos afectara? Estoy segura de que no, de que enseguida se levantaría una revuelta popular defendiendo nuestro derecho a admirar esas maravillosas obras de arte. Pues tal catástrofe ya se ha producido en otro ámbito: las grandes obras clásicas de nuestra literatura se van a llenar enseguida de polvo porque nadie va a poder leerlas.

No es este el principio de tal destrucción del patrimonio cultural, sino el momento de la liquidación. Hace ya tiempo que empezó con un decreto que suprimía la literatura como materia independiente en los estudios primarios y secundarios. Con ello se ha logrado que desaparezca no sólo la posibilidad

de enseñar una ligera visión diacrónica de la historia de la literatura y de que suenen las grandes obras y se sepan colocar en una secuencia temporal, sino también de que lectores puedan abrir sus páginas.

Los alumnos que eligen las carreras de Filología –un número cada vez más exiguo– no tienen preparación alguna filológica; no han leído las grandes obras de la literatura; carecen de un acervo de referencias indispensable para poder entender un poema de Quevedo o de Góngora o para poder gozar de la lectura del *Quijote*.

En esta situación se anuncia la reforma de Bolonia en donde lo único que importa son las apariencias: los “pactos docentes”, la “evaluación continua”; hojarasca vacía ante la ignorancia que no puede remediarse. Se trata de hacer de la Universidad una empresa rentable, que responda a las exigencias y necesidades de la sociedad, icómo si estas no fueran también fruto de invenciones según lo que se le quiera vender!

Mientras tanto, los clásicos se irán llenando de polvo; quedarán sólo sus nombres en calles, en plazas, en rutas turísticas; pero sus páginas estarán cerradas para casi todos.

Hace treinta años toda editorial prestigiosa tenía una colección de clásicos; se editaban los conocidos, se estudiaban los no tan conocidos e incluso se hacían ediciones de los casi desconocidos. Como desaparecieron los alumnos de la enseñanza secundaria que fueran a comprarlos, empezaron a languidecer las colecciones hasta ir esfumándose una tras otra; quedan muy pocas ya. Que nadie imagine que podrá publicar un ensayo sobre algún aspecto de la historia literaria, ¿dónde?, ¿quién lo va a leer? ¿Dónde se va a publicar lo que se investiga? Y si no se publica ¿vale la pena investigar? Quedan las editoriales universitarias, ¿pero se distribuyen sus obras? Y ¿hasta cuándo? ¿No se va a decidir también que no son rentables y que, por tanto, hay que cerrarlas, como se cerró hace ya muchos años la Editora Nacional...?

Se quitó una pieza fundamental y el edificio se viene a bajo. Y la tradición dice que antes de derrumbarse las casas dan señal... Ya la estamos oyendo. No voy a hacer una encuesta entre mis alumnos de último curso de Hispánicas sobre si han leído el *Quijote* o las *Novelas ejemplares* o el *Guzmán de Alfarache*... para no tener ya la certeza de que se me va a caer la casa encima.

Se ha cerrado una etapa que empezó a coger fuerza en los años setenta del pasado siglo; no hace tanto tiempo; se vivió una época dorada en la que se llevaron a cabo muchas ediciones rigurosas de textos. Se acabó. ¿Un lector normal puede hoy leer el *Cantar de Mio Cid*? ¿Y *El conde Lucanor*? Dentro de diez años, ¿podrá alguien leer el *Quijote*? ¿No será un cuadro maravilloso más de ese museo cerrado? Un libro cuyas páginas no se leen nunca no es ya un libro, es sólo un montón de hojas impresas.

No hay más que intentar leer un poema amoroso de Garcilaso (ya no acudo al ejemplo ni de Quevedo ni Góngora), ¿acaso alguien podrá entenderlo dentro de muy poco? Hay un desconocimiento absoluto de la mitología, de las referencias bíblicas, y así es muy difícil que pueda llegar a verse la caída de Ícaro, derretidas sus alas de cera, o la de Faetón en el río Erídano, acompañado por sus hermanas las Helíades, transformadas en álamos, en los dos tercetos del soneto “Si para refrenar este deseo” de Garcilaso:

¿qué me ha de aprovechar ver la pintura  
d´aquel que con las alas derretidas,  
cayendo, fama y nombre al mar ha dado?,  
¿y la del que su fuego y su locura  
llora entre aquellas plantas conocidas,  
apenas en el agua resfriado?

No he escogido al azar el ejemplo; son dos caídas a las que les siguió gloria eterna. La nuestra, la de nuestro sistema de enseñanza que da la espalda a la lectura de nuestro patrimonio cultural es una estrepitosa caída, el derrumbe de una cultura. Sólo queda la confianza de que de sus cenizas resurja dentro de ¿doscientos años? una nueva ave fénix. ¿Se volverá a leer? ¿Se pensará de nuevo en transmitir conocimientos y no vaciedades? ¿Se decretará con sentido común y no con palabras vacías, ampulosas, con conceptos que esgrimen los políticos para fingir que están descubriendo nuevas dimensiones...de la nada? Es un trampantojo de palabras, palabras vacías que crean una supuesta organización responsable y que en realidad ocultan justo lo contrario: una enorme irresponsabilidad. No interesa el bien común, el bien de todos, la cultura de todos. Hay que vender como sea lo que sea, y decir que se hace porque es lo que pide la sociedad que están moldeando a la medida del gran vacío.

En el Paraíso, antes de que Eva fuera tentada por la serpiente, en el día luminoso en que fueron creadas las flores, el maligno espíritu se acercó a la más linda rosa nueva, y le dijo lo muy bella que era, lo exquisito de su aroma, pero... Cuando la rosa quiso saber la razón de ese “pero”, le dijo: “No eres útil. ¿No miras esos árboles llenos de bellotas? Ésos, a más de ser frondosos, dan alimento a muchedumbres de seres animados que se detienen bajo sus ramas. Rosa, ser bella es poco...”

Y la rosa, creyendo que le faltaba lo que decía el maligno, le rogó a Dios que la hiciera útil. Y Dios la convirtió en col..., o así lo cuenta Rubén Darío en uno de sus espléndidos relatos breves.

El plan de Bolonia quiere arrancar las rosas de los jardines de las Humanidades y plantar coles, es un remate perfecto a la destrucción lentamente fraguada en los escalones más bajos de la enseñanza en este país.